

I

ALDEA MONTAÑESA

LA Montaña, región bellísima del Septentrión español, es rica en paisajes encantadores.

Como sus provincias hermanas Vizcaya y Asturias, y más al Noroeste, –en el ángulo de la Península– Galicia, está dotada de tales bellezas naturales, que el viajero que por primera vez se adentra por sus montañas, contemplando pueblos que se esconden en hondonadas profundas –como sumidos en un sueño de siglos–, viendo aldeas asentadas en elevados collados montañosos, sostenidos allá arriba como por prodigioso milagro de equilibrio, tiene necesariamente que sentirse subyugado, dominado por la grandiosidad augusta que se le ofrece a la vista.

Las regiones altas de la provincia montañesa, llenas de pueblecitos pequeñísimos, con sus casitas graciosamente diseminadas, son rincones muy pintorescos, que parecen estar pidiendo siempre el lápiz del artista y los colores de la paleta.

Nacen los ríos entre los peñascos y bajan saltando por las cañadas, en caída apresurada, zigzagueando sin parar por las retorcidas faldas de las montañas, para llegar al valle, donde ya más dóciles, corren mansamente al encuentro del mar.

Abajo hay preciosos valles verdeantes siempre, con aldeas envueltas en hálitos de dulce quietud perenne, sin que falten nu-

meras villas importantes que en poco tiempo supieron engrandecerse a fuerza de trabajo laborioso.

Y por la costa, hay lugares llenos de poesía y tradición, embellecidos por el fondo azul blanco del Cantábrico, el bravo mar que unas veces los azota con zarpazos de fiera ensoberbecida y otras los acaricia mimoso y zalamero...

* * *

En la parte oriental de la costa montañesa hay uno de esos bellos pueblecitos.

Si procedentes de la capital queremos llegar hasta él, hemos de dejar el tren en la pequeña estación de Beranga, disponiéndonos después a recorrer algunos kilómetros en un no muy cómodo carruaje que hace el servicio de correos y transporte de viajeros entre los pueblos de Siete Villas y la estación del ferrocarril.

Las molestias del viaje, –con el traqueteo que los baches de la carretera producen al carruaje– no son como para hacer semejante recorrido todos los días; pero justo es consignar que aquel que hace el viaje por primera vez, halla la compensación de tan grande sacrificio en los hermosos panoramas que tiene ocasión de admirar por el camino.

Fuera ya de Beranga, –que va quedando atrás con su altísimo puente metálico, que justamente es su orgullo– el vehículo que nos conduce corre por una regularmente cuidada carretera que se esconde a ratos bajo un tupido dosel de ramas, formado por los árboles que la dan sombra en el estío y la restan claridades en los días grises de la invernada.

Surge a mitad del viaje, Castillo, pueblo pintoresco en el que abundan mucho las viejas casonas montañesas de la España feu-

dal, con sus escudos heráldicos desportillados y medio cubiertos por la hiedra, vestigios de una época remota de señorío bárbaro.

Y en un recodo de la carretera, aparece, algo lejos aún, una anchurosa sabana azul que se alarga hasta un horizonte que parece inacabable. Es el mar que se muestra a nuestra vista, encuadrado en el espacio vastísimo que empieza, por la izquierda, en el Cabo Quejo, y termina, por la derecha, en el monte de Santoña, por la parte de San Miguel del Dueso.

Un poco a la izquierda se ve cómo va surgiendo el pueblo de Noja, por sobre cuyas blancas casitas se alza dominante la iglesia de la villa, con su hermosa torre recortándose gallarda sobre el mar, que de frente prolonga su superficie hasta un límite que rebasa el alcance visual del viajero.

Unos momentos se oculta a la vista la preciosa aldea costeña, al descender el carruaje hasta la parte baja de Castillo.

Pasado el «cruce» de este pueblecito, con sus cuatro brazos de carretera limpia perfectamente cuidada, vuelve a mostrarse la villa pescadora, más grande y más pintoresca.

En primer término van apareciendo por la derecha las primeras casas de Fonegra. Allá atrás el Pumina va dibujando su colosal mole montañosa, que se alza desde la Rota para seguir con su línea quebrada hasta El Brusco. Abajo, las tierras rojizas de La Serna ponen en el paisaje una mancha bermeja, que semeja una colosal herida abierta en el campo.

Escondido en la vegetación pomposa de la falda del monte, se teje el barrio de Helgueras, cuyas casitas semejan desde lejos un tranquilo rebaño de ovejas en mansa quietud.

Escala el carruaje una pequeña cuesta, y las primeras casas del pueblo salen al encuentro del viajero. Como celoso guardián de las demás, se alza en primer término la Casona, viejo palacio señorial de los Botella, con su silueta severa y sus líneas enérgicas y austeras que le dan una traza grave.

A la izquierda, algo lejos, se adivina casi sepultado en las estribaciones de una cadena de montañas al pueblo de Suano, que quiere asomarse al mar por la parte de Isla.

Unos momentos más de carretera y el carruaje se detiene al mismo pie de la iglesia de Noja, en el Campo de Tregandín, punto de llegada del coche correo.

Caminando una docena de pasos, hasta llegar al ábside exterior del viejo templo, donde existe una pequeña explanada como hecha a propósito, se atalayan soberbios panoramas.

Abajo, la línea quebrada y rocosa del litoral, sacudida constantemente por los embates del mar, que salta hecho espumas rizadas, sobre los peñascos, o se mece tranquilo con olas que van y vienen en ritmos amansados y suaves.

Más adelante, por Salceda, la punta de la Mesa es como un afilado puñal que corta la superficie aplanada del mar azul.

La hermosa playa, que se inicia en la escollera, llena de arrecifes aristados, se prolonga hasta más allá de la «Baja», una ancha vena por donde el mar penetra en las marismas y en el blanco arenal, que adquiere aspectos de gracioso estuario cuando la marea sube y le cubre.

En distintas direcciones, alejados unos de otros, se hallan enclavados los ocho o diez barrios en que está dividido el millar escaso de habitantes de que se compone la villa pescadora.

Pueblecito humilde, su pobreza no excluye la suma bondad de sus gentes sencillas, dadas al afanoso trabajo y la laboriosidad más ejemplar.